
INTRODUCCIÓN

En estos tiempos en que se discuten todos los valores que permitieron dar sentido a la vida en el pasado, el hombre no tiene tarea más urgente que la búsqueda de un suelo firme donde afianzar sus pasos. De lo contrario, su rebelión contra las leyes morales que se le imponen como tabúes sociales o religiosos le conduce al abandono de toda regla y le somete a la servidumbre del inconformismo sistemático, tanto más rígido cuanto más inconsciente es la influencia de la imitación y del personaje que se representa.

No cabe duda de que, en definitiva, el hombre tiene que encontrar en sí mismo, para su uso, ese suelo firme de discernimiento y de decisión. Necesita hacerlo si no quiere ser sólo un ser movido y pasivo. Todo lo que puede vivir humanamente depende de su inteligencia, a fin de ser comprendido, y de su sentido crítico a fin de ser aceptado con honestidad de espíritu. De no ser así, el hombre sólo es capaz de una espontaneidad y de una sinceridad que, dado lo superficial de sus raíces, aunque no se presenten en facetas sucesivas, no son más que sucedáneos de la autenticidad.

Este camino es difícil. Exige tenacidad. Pide recogimiento y reflexión. El hombre debe liberarse de las poderosas presiones de la actividad cotidiana. Tiene que llegar a un conocimiento real de la vida partiendo de la suya propia, y no contentarse con un saber general, por más respaldado que esté por las ciencias humanas. Además, cuando el hombre se limita a ese saber, siempre impersonal, no lo sabe utilizar: se distrae de sí mismo y pierde el contacto con las inclinaciones y los impulsos fundamentales de su ser.

Este libro no es un trabajo que trate de moral o de filosofía. Su objetivo es rendir cuentas de una búsqueda hecha por el autor para vivir de ella personalmente, no para convertirla en tema de especulación. Se trata de algo así como de un testimonio que, aunque debe mucho a los esfuerzos espirituales del pasado, no se apoya directamente en ninguna autoridad ni en ninguna tradición. Por otra parte, el autor cree que su forma de ver y de sentir, por más individual que sea, está lo suficientemente arraigada en su profundidad como para que muchos se reconozcan en ella con tal de que hayan vivido bastante, al menos cuando se pertenecen a sí mismos con suficiente lucidez y autenticidad.

Lo universal sólo se percibe a través de lo particular. Y tanto más se manifiesta lo universal cuanto con mayor vigor y precisión se explicita lo particular, sea cual sea su carácter singular. Hay que añadir que este testimonio se toma la licencia de adoptar la forma impersonal, sin duda por discreción pero también porque los términos abstractos expresan –más puramente que los otros– lo universal y dejan a cada uno la libertad de revestirlos con lo concreto que mejor se adapte a su propia experiencia y a lo que el futuro le depare.

Así, este libro no se dirige sólo al entendimiento o a la capacidad discursiva del lector sino también a su intuición y experiencia. Si no se posee un sentido al menos implícito de lo que en él se aborda, sólo se comprenderá su forma verbal o exclusivamente intelectual. No es, por tanto, lectura que convenga a un joven que aún no ha vivido lo suficiente, a no ser que tenga ya, en sí, oscuramente, los inicios de lo que más tarde será llamado a conocer y que estas páginas describen. Tampoco es libro adecuado para quien sólo busca ideas sin llegar a confrontarse personalmente con ellas según lo que realmente él es, ni para el lector al que la vida no plantea interrogantes o que no quiere embarcarse en ninguna búsqueda, convencido de antemano de que no se puede llegar a ningún resultado.

En cambio, este libro será comprendido por el lector que, sin gran cultura, haya vivido con rectitud, humildemente y con suficien-

te conciencia de su condición humana. Quien sepa ponderar los términos utilizados y darles además el sentido justo que su autor les ha atribuido hallará en este libro, aunque su destino sea totalmente distinto al del autor, un eco de su propia sabiduría, e incluso es posible que reciba alguna inspiración para avanzar más lejos.

El autor de este libro es cristiano, pero no cree que las afirmaciones básicas sobre las que el hombre tiene que edificar y dar sentido a su vida surjan necesariamente del cristianismo, por más exigentes que sean y por más que reclamen una intensa interioridad a fin de desplegar todas sus consecuencias. A menudo, el cristianismo contribuyó a precisar esas afirmaciones básicas, e incluso las apoyó vigorosamente con su autoridad hasta parecer que era él el que las había establecido. En realidad, pertenecen a la esencia humana. Básicamente no dependen de ninguna religión ni de ninguna ideología filosófica. Deben sobrevivir a cualquier impugnación. Su desaparición acarrearía la de los mismos impugnadores por la descomposición de lo que éstos tienen de propiamente humano.

Para mantenerse en pie, el hombre contemporáneo tiene que recuperar su patrimonio. Esto es tanto más urgente cuanto que la sociedad tiende a hacer de él únicamente un productor o un consumidor, y le invita, para compensarle de la esclavitud a la que lo somete, a evadirse en toda clase de licencias sin mostrarle las degeneraciones que esto prepara y que más bien le oculta.

Por otra parte, este descubrimiento de lo humano, esta apropiación de lo esencial de su naturaleza, es, para el hombre, la única forma de acceder a una fe que no comporte su alienación sino que, por el contrario, le posibilite un cumplimiento humano mejor que el que, en un principio, podría concebir y consumir.

NOTA.- Las palabras que utiliza el autor no tienen siempre el sentido que es habitual darles. El vocabulario que se utiliza se tiene

que adaptar a las exigencias del pensamiento: a las distinciones que impone, a las precisiones que necesita para garantizar y preservar su claridad e integridad. Estas palabras clave se definen en el texto a medida que aparecen. En los desarrollos ulteriores, a fin de no incurrir en falsas interpretaciones, el lector deberá estar atento y recordar lo dicho antes.

Ésta es la lista de los términos cuyo sentido importa precisar. Se indica el capítulo y la página en que mejor se definen:

Fe en sí mismo, I, p. 31

Fe conyugal, II, p. 47

Fe paterna, III, p. 72

Existencia y vida, IV, p. 91

Recuerdo y memoria, IV, p. 92

Los bienes humanos o bienes límites, V, p. 130

Ideología, VII, p. 151

Fe en Dios, VIII, p. 185

Fe y creencia ideológica en Dios, IX, p. 205

Misión, X, p. 227

Familia según el espíritu o familia espiritual, XI, p. 260

Faltas y pecado, XI, p. 270

Hay que señalar también el uso especial que el autor hace de los adjetivos “general” y “universal”. En el texto se califica de general todo lo que se puede proponer o imponer a los hombres sin que, para responder a ello, se les exija una formación personal que haga de cada uno un ser singular, con una originalidad propia. En cambio, es universal aquello que los hombres alcanzan en sí mismos cuando son conscientes de su realidad humana esencial, más allá de cuanto en ellos es social y contingente, marcado por un tiempo y un lugar.